

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
San Andrés, 33, 1.º izq.
MADRID

DIRECTOR: E. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
7 Diciembre de 1889.
NÚMERO 62.

Caricaturas contemporáneas.

LAS DE HOY

JOSÉ DE VELILLA

LUIS ESCUDERO

José de Velilla es un poeta de verdad. Su precioso libro *Meditaciones y recuerdos* lo demuestra.

Luis Escudero es un escritor correctísimo y un observador profundo. Su celebrada novela *La antesala del cielo* lo acredita.

Uno y otro separadamente habían ya obtenido legítimos triunfos en el teatro antes de lograr, unidos, el que les ha proporcionado su drama *A espaldas de la ley*, estrenado por Vico en Barcelona el verano último, y representado hace poco en el teatro Español de Madrid, con grande y merecido aplauso.

La prensa, unánime, ha confirmado con sus elogios la opinión favorable del público, y LOS MADRILES, con este motivo, se complace en aumentar su colección de caricaturas contemporáneas, publicando las de aquellos dos distinguidos autores sevillanos.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.

Seis meses..... 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS

» ATRASADO, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



DIARIO Cómico

Tengo que empezar esta *Crónica* dando forzosamente dos malas noticias.

Eduardo Navarro está enfermo, y yo he sido encargado á última hora para sustituirle en este número de Los MADRILES.

Afortunadamente, la enfermedad de Navarro no es grave. El editor asegura que le ataca casi siempre que tiene que escribir la *Crónica*, y que por sus síntomas se parece mucho á la pereza.

De modo que es una enfermedad que ya resulta crónica, aunque por ella la *Crónica* no resulta.

Sin embargo, yo creo que en esta ocasión el editor calumnia á Navarro, y que, por desgracia, la enfermedad que aqueja á nuestro Director es una enfermedad real.

Y tan real, como que es la enfermedad reinante. Me refiero al *dengue*, y apoyo mi opinión en que hace algunos días que encontraba yo á Navarro muy dengoso.

Antes de seguir adelante debo apresurarme á calmar la inquietud de mis lectores por haber dicho que el *dengue* es la enfermedad reinante; pues aunque el de Navarro pueda ser un caso, lo cierto es que el *dengue* no ha llegado todavía á España.

Por ahora se contenta con ser enfermedad reinante en Rusia, donde puede reinar con más tranquilidad que el Zar, sin temor á los revolucionarios nihilistas.

No obstante, hay que estar prevenidos, porque el *dengue*, según dicen, es enfermedad contagiosa y que se propaga y extiende con prodigiosa facilidad.

Gedeón, que es el prototipo de la previsión, ha adoptado ya medidas sanitarias para el desdichado caso de que el *dengue* se declare en España.

Enterado de que en la actualidad se padece en Rusia, y de que es una enfermedad de la piel, ha mandado sacar de su casa todos los objetos de piel de Rusia.

Pero, volviendo al asunto principal, y sea la dolencia del Director la que quiera—es decir, la que no quiera, porque yo supongo que él no querrá ninguna—ello es que yo tengo que escribir la *Crónica* hoy, sin tiempo siquiera para pensar lo que he de decir en ella, así, de repentón, á vuela pluma, ó, como dijo el otro, *tálamo ocurrente*.

¡Voto val!

Este ¡voto val me recuerda que el pasado domingo tuvimos elecciones de concejales y que hemos votado á unos cuantos caballeros—muy señores míos—para ver si arreglan de una vez el Ayuntamiento y la administración municipal de esta Villa y Corte, que, si sigue como va, antes de mucho ha de ser necesariamente villa y corte... de cuentas.

Para los veintisiete puestos vacantes se presen-

taron nada menos que sesenta candidatos; aunque en este caso no podía decirse que eran muchos los llamados y pocos los elegidos, porque, á decir verdad, á aquellos sesenta caballeros nadie los había llamado, y, antes por el contrario, han sido ellos los que han ido llamando puerta por puerta en demanda de un voto por amor de Dios... ó por afición al diablo.

Porque uno de los candidatos ha hecho la curiosa observación de que, en cuestión de votos, los españoles se inclinan

más al diablo que á Dios. Como que para ponderar la fealdad de una persona, dicen que es más fea que un ¡voto á Dios!

Y en cambio, no hay español que no diga cuarenta veces al día: ¡voto al diablo!

Entre los concejales electos figuran dos estimabilísimos periodistas y excelentes amigos, á los que no sé si dar la enhorabuena: Augusto Suárez de Figueroa, el director de *El Resumen*, y Javier Betegón, el director de *La Monarquía*.

Todos los elegidos están indudablemente obligados á (y deseosos de) arreglar los asuntos municipales; pero ellos han de estar



por su posición y por sus antecedentes más deseosos y más obligados.

¿Lo conseguirán?

Yo conozco á un elector que se ha entretenido en leer todos los programas y todos los ofrecimientos hechos por los candidatos, y comentándolos noches pasadas, me decía:

—Mire usted, esos señores llevan muchas ilusiones y muy buenos propósitos; pero ya verá usted cómo al fin y al cabo nada pueden hacer... ¡Arreglar el Ayuntamiento de Madrid, ya, ya!... El candidato que yo he votado en el distrito de la Latina es un caballero y una buena persona, y también se hace esas ilusiones; pero en él está justificado... ¡Como que se llama Cándido Caballero!

«Al que se muda Dios le ayuda», dice el refrán; y como Los MADRILES cree que, á más del favor que el público le dispensa, conviene que Dios le ayude un poco, ha decidido mudarse.

Además de esta poderosa razón, ha tenido otra no menos poderosa. A cada número que ha publicado recibía un sinnúmero de cartas llenas de elogios y de piropos, los cuales, á pesar de su natural modestia, no han podido menos que ponerle ancho.

Tan ancho, que ya no cabía en su antigua casa y ha tenido necesidad de buscar otra más espaciosa, que desde luego ofrece á ustedes. Calle de San Andrés, núm. 33, primero izquierda, esquina á la calle de Carranza.

No tiene pérdida.

¡Dios quiera que al periódico le pase siempre lo mismo!

FELIPE PÉREZ.



A UNA MALLORQUINA

I

Cuando sé que vas en coche
del verano en el rigor,
quisiera ser blanca nube,
que en vuelo tardo ó veloz
persiguiera tus caballos
para librarte del sol,
sombreando tu camino
como un ángel protector.

II

Cuando veo que á mis ojos
te va á robar el vapor,
y que en extranjera tierra
serás extranjero sol,
y sembrarás como un hada
suspiros y admiración,
quisiera ser algo tuyo,
tu sortija, tu reloj;
¡ó algo que llevaras siempre
muy cerca del corazón!

III

Cuando veo que regresas
del ancho mundo al rincón
más hermoso y más querido
que alumbra en su curso el sol,
y el mar con ondas de plata
besa con eterno amor,
quisiera haber sido el faro
primero que te alumbró,
la primer ave marina
que el aliento del vapor
con poesía sublime
en la costa despertó,
la última estrella que brilla,
el primer rayo de sol;
y ser después, en tu alcoba,
en fino búcaro, flor.

CAMILO POU

UN POLÍTICO

Yo soy revolucionario
y socialista. ¡Una fiera!
El día en que esto se vaya,
y lo que ha de venir, venga,
llegaré por mis servicios
á *menistro* de la Guerra.
Nos reunimos los sábados
en una sesión secreta,
trescientos descamisados,
entre dos y dos y media
de la madrugada, en casa
de un cabo de la reserva.
¡Como que es muy reservado,
y en *jamás* se nos *berrea*!
Yo me voy allá, y después
de decir el santo y seña,
¡le pego dos bofetadas
al mozo que está en la puerta!
Es para ir abriendo boca
y probar que soy *mu* bestia.
En *dispués* allí me dan,

por guapo, cuatro pesetas.
Y yo tengo que ganarme
la vida de esta manera,
porque lo que es el trabajo,
francamente, ¡me revienta!
¿Qué es un albañil hoy día?
Poco menos que una bestia.
¿Que no quiere ir á la obra,
y no va, pongo por juerga?
Pus no gana, y si no gana
no bebe y ¡viva la Pepa!
¿Que va al trabajo y se expone
á romperse la cabeza,
si se escurre del andamio,
para ganar dos pesetas?
Pues es un primo, un panoli,
porque le tiene más cuenta
el encuarte del tranvía
ó tirar de una carreta.
¿Yo al trabajo? ¡Que trabaje
el casero ó la casera!

EMILIO DEL VAL.

SOLEÁ

Lo habrán ustedes oído cantar muchas veces:

La Soleá se ha perdido,
su mamá la anda buscando:
¿dónde la viene á encontrar?...
pues con un *rusio* *najando*.

Que París y las colonias extranjeras no hablaban de otro asunto, en los ratos que les dejaban libres las *bofetás* sobre lo de Boulanger y el Shah de Persia.

—Soledad se ha perdido.

Soledad era una gitanilla, cantaora de nacimiento y pura... de raza.

Por lo demás, mocita y con muchísima gracia en todas sus cosas y con un par de ojos negros que el cristiano que se asomaba á ellos, caía dentro.

Y una boquita por donde apenas podía pasar un boquerón encogido.

Y una dentadura y un pelo negro zaino, brillante y con más ondas naturales que la costa de Cádiz.

Vamos, una joya morena.

—Asina han de ser las mujeres, morenas; de la coló del oro viejo, que es er más puro.

Esto decía de Soledad su propio tío, que la quería más que á una onza de oro, también del viejo.

¡Como que era un tío carnal con el grado inmediato! ¿no había de querer á la chavala?

La chiquilla era el encanto de propios y extranjeros.

Todas las noches, en el teatro de la Exposición, recogía la mar de palmas y obsequios finos, entre ellos algunos tabacos que repartía con su tío. Aquello no era cante; parecía una carcajada de un ángel cada copla.

¿Y estilo? ¿Y adornarse bailando?

Ni se podía creer que aquella criatura no llevara dentro un motor eléctrico y una familia de ruiaseñores.

El viento solamente que producía cuando daba una vuelta, constipaba á sinnúmero de espectadores.

Había unas salvas de estornudos extranjeros cuando Soledad se arrancaba á bailar, que conmovían á cualquiera persona de bien.

—¡Ya, ya!... ¡Ay, mi niña!... le gritaba el tío para animarla cuando se bailaba.

Y en la sala se oía unos rugidos en diferentes idiomas, que parecía aquello una *ménagerie* en la hora de dar la comida á las fieras.

De los españoles no hay que decir.

Caían todas las noches á los pies de la *diva flamenca* más de doce docenas de sombreros en cada bailable.

Y, cuando cantaba, los «¡olé!» de los españoles llegaban al corazón menos patriótico.

—¡Anda ya, gloria, que eres la surtana ó los mare!... ¡Ay, mi niña, sirena ó los aire!

Todo esto y mucho más se le ocurría al tío, oyendo cantar ó viendo cómo bailaba su sobrina.

Con tantos atractivos ¿qué le había de pasar á la chica?



Pues que la robaran si ella no quería corresponder á las pasiones en distintas lenguas que había inspirado en París.

Y como ella no correspondía...

Porque, como casta, era casta y sencilla y á más mocita, según testimonios de su mamá y de su tío.

Y, si hubiera hecho falta, de toda la compañía y de los veci-

nos de su pueblo natal y de las autoridades de los tres ramos que mandaban en él.

Canónico, civil y militar.

O sea: el cura, el alcalde y el cabo de la guardia, jefe del puesto.

Soledad desapareció.

¿Cuál sería el dolor de su mamita y del tío, no hay para qué decirlo!

Ni lo que perjudicaba á la Empresa la fuga de una «estrella de sobremesa» como la gitanilla.

La policía dedicó sus ocios á buscar á Soledad.

Llegaron á interesar á Sadi Carnot para que reclamara á las Potencias, aun cuando él no quiso interesarse.

Primeramente sospecharon de un español, por la facilidad de entenderse con la chica.

Después, de varios extranjeros.

Pero Soledad no parecía.

Cuando ya estaban desesperados la mamita y el tío y «todas sus relaciones», se sabe que la niña está en San Petersburgo.

Se había fugado con un personaje inmensamente rico y aficionado á las bellas artes y á sus intérpretes hembras.

—Será princesa tar ves, decía llorando la madre: ya no tiene remedio, Frasco.

Frasco es el señor de tío de Soledad.

—Pero esa mala cría, ¿por qué no mos dijo con naturalia: «Miste, mamá, miste tío, que yo me voy á jase princesa é pier de Rusia?» Y no tenermos con estas fatigas...

—Quisá que la probetica no ha podío manuscibirnos, opina-ba la mamá.

—Como que eya, asin como mosotro, no lo usa.

—Pues ahí verás tú.

—¿Pero es que en Rusia no habrá tan siquiá uno de esos secretario memorialista?

—Ya mos escribe la paloma é mis ojos.

En la carta, que les leía un caballero amigo de la casa, decía Soledad:

«Estoy mala, con el *dengue*.»

—¡Maresita é mi arnal gritaron la mamita y el tío. Soleá con el *Mengue*... ¡y sola!...

Cuando se apaciguaron y pudieron enterarse, quedaron más tranquilos. Porque Soledad se encuentra bien, á pesar del *Men-gue* ó del *Dengue*, y rica. Como que dicen que es la esposa incivil de uno de esos comerciantes en pieles, que no puede calcular él mismo lo que tiene.

Un personaje tártaro... emético.

EDUARDO DE PALACIO.



LOS TENORIOS

—¿A que hago coraje y te doy un beso?
—¿A que no?
—¿Que no? ¡Dámelo tú á mí antes, verás!...



—El decía al oído de mi mujer: «Olvida ese animal; des-
précialo.» ¿Quién será ese animal?

—Adiós, Carmencita, y no se olvide de darme parte de lo que piense.
—(Parte del pienso, querrás decir.)



—¡Ya la diría cosas; pero el mal está en que en cuanto me
acerco á ella, se me pone la nariz así, y no hay manera!...



—L...a...m. ¡Y qué frío está!

¡TUTTI CONTESTATI!

A FERNANDO SEGURA

«A la que dice *sombrero*
ó *mantilla* no la quiero,
y á olvidarla me provoca;
yo, con franqueza, prefiero
á la que me dice:—«¡Toca!»

Eso dice usted, Fernando,
causándome asombros grandes
al verle así argumentando.
¡Se estará usted figurando
que ha puesto una pica en Flandes!

Todo eso prueba que usted
no sabe, y me maravilla,
lo que yo ahora le diré:
¡La que dice «toca» es que
pide sombrero ó mantilla!

A SÁNCHEZ DÍAZ

No quiero la boina que usa Chapa
de una chica en la blonda cabellera,
pues ninguna mujer puede estar guapa
con esa cobertera.

Si usted mismo á su novia viera usando
la boina, que es gorro varonil,
¡creería usted que estaba enamorando
á un peón de albañil!

A GERARDO SÁNCHEZ

A usted le da lo mismo,
según advierto,
la mujer con mantilla
que con sombrero;
pues siendo guapas,
pónganse lo que quieran,
no las rechaza.

¡Caramba! Usted de dudas
nos ha sacado,
y, por fuerza, con eso
se quedó calvo.
Del mismo modo
que usted, amigo Sánchez,
pensamos todos.

Pero el punto concreto
de la contienda
es cómo las mujeres
están más bellas.
De modo, Sánchez,
que nada adelantamos
con su romance.

A RICARDO CATARINEU

Usted prueba que yo acertado estuve.
Y el rostro más moreno de Sevilla
se envuelve en la blanquísima mantilla
como el disco del sol en una nube.

De soltar aquí un jole! me dan ganas
dando de mi entusiasmo testimonio...
Y sí, señor, lo suelto; ¡qué demonio!
¡Olé por las morenas sevillanas!

A FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ

Ponte, María, el gorro... ¡Qué esperpento!
Ahora ponte el sombrero... ¡Dios, qué fea!
Ponte el pañuelo, á ver... Sí, te hermosea;
pero te falta gracia y movimiento.

Pues ponte el manto... No, no lo consiento;
que con él la beata calleja.
Ponte ahora la mantilla... A ver, pasea...
¡Olé ya tu persona! ¡Qué portentoso!

Que era arreglar por fuera obra menuda
una cabeza hermosa, nos decía
Felipe Pérez... Lo será sin duda
para él, que es el autor de *La gran vía*;
¡pero á mí me ha costado Dios y ayuda
arreglar la cabeza de María!

A ANGEL R. CHAVES

En otro soneto
bonito y profundo
nos dice Angel Chaves
que para su gusto
en lindas cabezas
y en jóvenes bustos
no hay nada más bello
que el manto de humos.

¡Vaya una ocurrencia!
¡Dios mío, qué absurdo!
¡Mujeres ahumadas!
¿Está usted en el uso
de sus facultades,
ó piensa usted ¡puño!
que son las mujeres
jamones de Lugo?

Mujeres jamonas
las hay, no disputo;
pero ni aun á esas
ahumarlas es justo.
Además, bastante
nos ahuma á muchos
la Tabacalera
con sus malos puros.

A M. DEL TODO Y HERRERO
Y A ANGEL PONS

Estos dos, sin sutilezas,
quieren chicas bien plantadas
sin pingos en las cabezas;
¡vamos, que no estén tocadas!

Dignas de que gusten son
y el mérito no las quito;
pero insisto en mi opinión,
¡porque esas no tocan pito!



A JOSÉ RODAO

Bien, amigo Rodao; sin gran sorpresa
porque el error reconocer no humilla,
veo que usted con lealtad confiesa
¡que no hay nada que eclipse á la mantilla!

Con insultos el bando intransigente
le dará á usted sin duda malos ratos;
¡pero no haga usted caso *mayormente*
de lo que digan esos insensatos!

Bien se ve que el prestigio no desgasta
el cambiar de opinión ó de camino.
¿No es hoy Cristino lo que fué Sagasta?
¿No es hoy Sagasta lo que fué Cristino?

Usted, Pepe, al venirse hoy á mi lado,
sin imponer siquiera condiciones,
bien evidentemente ha demostrado
que se ha rendido usted á mis razones.

Pero llama usted nido de jilgueros
y otros motes, con saña manifiesta,
á los aristocráticos sombreros,
y eso pasar no puede sin protesta.

La mantilla no cedo yo ante nada,
por bonita, elegante y salerosa;
pero el sombrero no me desagrada
cuando lo lleva una mujer hermosa.

Protesto si le tratan con enconos
ó si picantes sátiras escucho...
Y repare usted bien; ¡los hay muy monos,
que en algunas cabezas lucen mucho!

Dirá usted que antes yo los insultaba...
Sí, señor; el negarlo inútil fuera;
¡pero es que entonces yo no me acordaba
de que tengo una amiga sombrerera!

JOSÉ ESTRATÍ

SUICIDIO

¡HORRIBLE, amigo mío, horrible!
¡Pero, hombre, cálmate!... La desgracia, con ser grande, no
tiene tanta gravedad que vayas á abandonar por eso tus asuntos,
corriendo por esas calles como un palomino atontado... Considera
que tienes hijas y que tu mujer, verdaderamente afligida con el
suceso—porque al fin se trata de su madre—puede sufrir un
retroceso en su convalecencia, si no estás á su lado para ani-
marla y convencerla de que la cosa no tiene ya remedio... No
parece sino que tu suegra te había sorbido el seso y...

—¿Tú no la conociste?...

—Yo no, pero presumo que sería como todas... Muy buena, muy
carifiosa con... su hija; porque para los yernos ya sabes la teo-
ría: ¡que los parta un rayo!...

—Eres injusto, ¡muy injusto con ellas!... La mía era un prodigio,
verdadera ave fénix cuidándose... ¡Qué manos tenía para pre-
pararme los pastelillos de nata, que sabes me gustan con deli-
riol... ¡Pues y el arroz con leche y el flan!... ¡Sobre todo el flan!
¡Y la franela para camisetas y calzoncillos! ¡Qué ojos los suyos,
eligiendo el color y los tejidos!... ¡Ay! Ya no tendré otra suegra
que, como aquella, me dé con tanta energía las fricciones de
aguardiente para mi reumatismo!... ¡Qué verdugones tan hermo-
sos me levantaba!... ¡Y qué manera de manejar, chico! ¡Ni
una pelota!...

—¿Y cómo ha sucedido el desastre?

—¡Cómo! Yo no acertaría á explicarlo. Ella hacía ocho días que
no parecía la misma. No hablaba, no reía, no despedía á nin-
guna criada... La víspera de la catástrofe se retiró más temprano
que de costumbre á sus habitaciones, sin hacernos advertencia
ni amonestación de ningún estilo... La noche la pasamos tran-
quilos, sin que ruido alguno advirtiera que algo extraordinario
pasaba en la casa... Ya sabes que mi mujer se levanta antes que
yo y á esa circunstancia debióse que fuese ella la primera en
presenciar el espectáculo... Sus gritos pusieron á todo el mundo
en pie... Yo abandoné la cama y en calzoncillos corrí hacia donde
gritaba mi esposa... ¡Horrible, amigo mío, horrible!...

—Cuenta...

—¡Mi suegra se había suicidado!... Pero ¡de qué manera!... La
casa tiene cañería de gas, y cada cuarto su luz correspondiente.
Pues bien: había adaptado un tubo de goma al aparato, y el otro
extremo del tubo, con mucho ingenio, á la boca, por forma que
no pudieran separarse... Había abierto la llave y esperado tran-
quilamente la muerte... Cuando entramos en el cuarto, que olía
á demonios, vimos con estupefacción que el cuerpo de mi suegra
no estaba en la cama... ¡Flotaba en el aire dándose de encontro-
nazos contra el techol... El cuerpo, monstruosamente dilatado
por el gas, hubo de subir como un globo y agitábase descompa-
sadamente, como si buscara un salida para desaparecer
en el espacio... ¡Qué día, qué negro día, amigo mío!...

V. LASTRA Y JADO

LA ESPADA DEL ABUELO

(TRADICIÓN FAMILIARIZADA)

I

Era no más que un insolente serrucho, tan descuidado en su construcción como después por sus poseedores: á pesar de lo cual remataba, á guisa de pabellón, el testero de la sala donde se hallaba el retrato del esforzado adalid. En dicha habitación, y sin duda para desarrugarle el ceño (pues sabido es que todos los héroes están en el retrato, lo mismo que si les reventaran un flemón), la familia de Acacio recibía los sábados á una caterva de amigos que se entregaban á los horrores del baile, sacudidos por la influencia de un piano de manubrio de los más arreglados en su clase, no respecto á repertorio, sino á tarifa de alquiler, y su abono á plazos.

Acacio padre era una especialidad. En Clases pasivas disfrutaba el haber anual de mil quinientas pesetas, y á diario de dos mil sofiones de su jefe, por escribir viuda con *doble v*, jubilación con *x* y hambre con letra mayúscula. A fin de enmendarse, el hombre daba diariamente su repaso á la ortografía de la Academia, y á los calcetines también, por si las niñas se habían ocupado más de la confección de una relojería de abalorios que de las taloneras paternales—y con esto, naturalmente, cada vez omitía menos puntos en la escritura, y llevaba mayor número de ellos en los calcetines.

La familia era otra cosa. Doña Rosalía, mamá de cinco hijas, esposa de Picazo, y natural del *Vulgo de Osma*—como decía cuando le presentaban algún nuevo danzante—era una aprovechadísima jamona, tan hábil en la confección de una salsa para hacer cozer los calamares en tinta, como en el manejo de drogas y flores, más ó menos cordiales, siempre que á sus pimpollos las molestaba algún grano en un omoplato, ú otra cantidad de dolencia en distinta región anatómica.

Y Paquita, Salvadorito y Casildita representaban el fruto, ya en sazón, de su castísimo consorcio, y otras dos *itas*, aún en agraz y faldetas, completaban la prolífica cosecha de la sociedad Acacio y Costilla.

Pero todos eran muy felices. Lo que decía doña Rosalía...—A las niñas, délas usted música por la noche... A Acacio encárguele usted que me arregle la cerradura del baúl, ó que coja con papel de sellos las roturas de un tubo del quinqué... A mí dejeme usted gobernar mi casa, y mejor la del vecino, ó improvisar para las chicas algún polsón con aros de un cubeto de aceitunas, ó cualquiera otra materia económica, y ya no nos acordamos de *Lara* ni de ningún otro Concejal sin teatro.

Acacio tenía la costumbre de aplaudir estos panegíricos, y manifestaba su conformidad por lo tocante al baúl de su mujer..., y aun de otros que necesitaran sus cuidados.

Pero lo que más les enorgullecía era el sable de la sala, es decir, del abuelo. Todo el que entraba allí se fijaba en seguida en aquella visión, y preguntaba, mas ó menos resfriado, por su origen y evoluciones contemporáneas. Y como esto acontecía muy á menudo, porque en aquella casa entraba la gente como el frío, á todas horas, la esposa de Acacio ya le había dicho á éste:

—¿Por qué no escribes un folletito refiriendo la historia de esa preciosidad? Nos ahorraríamos mucha saliva; y como las niñas tiene mejor ortografía que tú, podían á ratos perdidos sacar unas cuantas copias, y poniéndolos baratitos se venderían algunos ejemplares las noches de *soirée*. Precisamente los tiempos no están para desperdiciar copias de nada...

Y á fin de que nuestros lectores no ignoren qué es lo que podía decirse en dicho productivo folleto, allá van los apuntes, que tomamos de la mismísima boca de doña Rosalía.

II

El sábado inmediato fué de gala con estreno de medias sue-las y tacones para toda la familia.

Acacio había conseguido que su compañero de oficina, primo bastante discutido del jefe de la sección, prometiera venir á es-tirar las piernas á su casa; asimismo dábale el acontecimiento de que un muy amigo de su padre y de toda su familia, que ha-bía regresado de América con más de ochenta años y un gran infarto en el hígado, ofreciera también su asistencia, sin propó-sito de estirarse nada.

Cátate á doña Rosalía oficiando de *cicerone*, con el primo an-teriormente dicho.

«Don Cosme era veterinario en Vaciamadrid.

»Cuando los franceses trataron de derribar la pirámide del Dos de Mayo, que, como ustedes habrán leído repetidas veces, costó la vida á tanto infeliz, entró de mañanita una partida



en el pueblo, se llevó al cura, al ama y á unas cuantas sobrinas, que ya estaban de buen ver, y dijeron... ¡que las iban á fusilar!... El pueblo, que adoraba á las chicas y al cura, pidió á gritos ir en su socorro, y D. Cosme tomando ese sable—que un francés perdió en las eras—se puso al frente del vecindario, y echándole una arenga... así creo que se dice... corrió á salvar á toda la familia, que se hallaba depositada en la iglesia. Usted no sabe lo que allí pasó... Yo tampoco; pero me lo han contado. Sablazo por aquí, tiro por allá, un día entero de combate... hasta que á la tardecita, gracias á que el cura—de quien los franceses no se habían ocupado gran cosa por atender á la defensa—consiguió abrir la puerta falsa, es decir, la de la sacristía: el pueblo vencedor se precipitó por ella,

y junto al cepillo de las ánimas se convino en que al día siguiente, de madrugada, los franceses saldrían de Vaciamadrid dejando íntegras la iglesia, el cura y las sobrinas. D. Cosme en aquel trance hizo prodigios con ese sable. Al jefe del pelotón le dió el ascenso á manco; al centinela de la sacristía le rebanó la cabeza tan igualita como si fuera media tostada; y á éste le corta esto, al otro aquéllo, creo que hizo cada barbaridad que temblaba el orbe. Miren ustedes, añadió doña Rosalía, descolgándolo el arma, cuánto *moho*... Todo eso es sangre congelada... ¿Ven ustedes qué de mellas en el filo?... De tanto dar en hueso...

La sociedad de doña Rosalía escuchaba con religiosa manse-dumbre, excepto el encargado del piano, que roncaba á compás libre, y el viejo amigo de la familia, que de cuando en cuando soltaba una risita anhelosa, con acompañamiento de cierta tose-cilla perruna.

—¿Conque con ese sable se cometieron tantos disparates? ar-guyó por fin.

—Mírelo usted, afirmó la erudita niera del héroe; pudiendo haber empleado el verbo *oler* en lugar del otro, pues por poco le saja las narices á su interlocutor por mostrarle el instrumento todo lo más cerca posible.

—¿Y fué su suegro de usted quien manejó ese chisme? prosiguió el bilioso vejete, amparando con ambas manos sus narices por temor á nuevas compulsas.

—Sí, señor. El mismo D. Cosme.

—¿Qué D. Cosme ni qué zanahorias! ¿A qué cuentan ustedes tales patrañas? Su marido de usted no tuvo padre...

Al oír esto, la tertulia de doña Rosalía perdió el equilibrio, cayendo todos los hombres desplomados sobre las sillas, y las mujeres sobre los hombres.

—No tuvo padre, prosiguió el orador, por la sencilla razón... de que es inclusero.

Aquí le llegó el turno á doña Rosalía, quien cayó desvanecida y de golpe sobre el piano, sacudiendo con el codo tan recio em-pujón al manubrio, que éste se disparó con la jota de los *ratas*, de la manera más *presto* y *vivace* que ha descompuesto orga-nillos.

Todos se precipitaron á socorrer á la buena señora; y Acacio, á quien la revelación de su origen no preocupó tanto aquella noche como la ortografía de la Academia todas las demás del año, exclamó al oído de su esposa, con objeto de tranquilizarla:

—Decías bien... Es preciso escribir el folletito, hablando de *tu abuelo*, en lugar del *mío*. Yo haré que el jefe lo corrija, y verás como nadie nos enmienda la... espada. Y sobre todo, así iremos tirando hasta que venga otro amigo de tu familia.

JOSÉ SORTIANO DE CASTRO.



SEÑORES

A mis queridos lectores tengo el honor de ofrecer del modo más expresivo que se pueda suponer, la nueva casa en que vivo desde ayer.

Es un palacio—y no es chanza, no, señor.—

Y que el sitio es el mejor, á cualquiera se le alcanza. La calle de San Andrés, treinta y tres, esquina á la de Carranza.

¡Eso es!

CASAS RECOMENDABLES DE MADRID

NO HAY MEJORES VINOS

QUE LOS DE

Carmen, 10. **AVANSAYS** Carmen, 10.

8 pesetas 16 litros.

Servicio á domicilio.

Servicio á domicilio.

SOBRINOS DE GUINEA

CONFITERÍA Y REPOSTERÍA

Inmenso surtido en mazapanes y turronez elaborados bajo la dirección de uno de los Socios.

Exportación á provincias. Embalaje gratis.

CARRETAS, 27 Y 29

soienuna araP

ed sortaet sol ne ó analp atse ne
-irid ,litnafnI é nitraM ,olopA
,SOIONUNA ED AICNEGA esrig
.15 ,aretnoM

Pelhuquería de Gascon.

Caretas, 15 y 17.

Un vuen ser bizio, fin ho trato y eco
no mia no se hen quentrra mas qe en es
tha buestra Casa.

Esp exialidas en teshidos.

Se bá á domi cil io.

DINERO por ALHAJAS

ROPAS Y EFECTOS

SALA DE VENTAS

CUATROCIENTOS relojes desde 8 pesetas.

CAPAS desde 10 pesetas.

MONTERA, 36

Esquina á la de Jardines.

LA INFANTIL

FÁBRICA DE GUANTES

DE G. ZURRO

Ha obtenido el único premio de Mérito extraordinario de la última

Exposición española en Londres.

Guantes los mejores y más baratos.
Encargos á la medida.

Carretas, 14.

LA ESPAÑOLA

Chocolates los más acreditados de España.

Paseo de Areneros, 38.

Para toda clase de encargos, órdenes ó avisos referentes á esta Casa, dirigirse:

4, Preciados, 4.

LA MARGARITA EN LOECHES

Antibiliosa, antiescrofulosa, antisifilítica, antiherpética, y muy reconstituyente.
Treinta y siete años de uso general y favorable.

Depósito central: Jardines, 15, Madrid.

E. FERRERA

41, Carretas, 41.

GRABADOR, Y FÁBRICA DE SELLOS
EN CAUTCHUC

Primera casa en España.

Numeradores. Perforadores. Prensas para tallar cupones. Imprentillas á mano. Tenazas y plomos de precintar.—CARRETAS, 41.

MUEBLES

Y

TAPICERIA

Riesco.

Hortaleza, 3. Teléfono 229.